

CAPÍTULO IV.

Poetas malogrados.—Álvarez de Toledo (D. Gabriel).—Gerardo Lobo.—Tafalla y Negrete.—Marqués de Lazan.

Lamentable es siempre ver decaer rápidamente en poder, en artes y en letras á una nacion grande y generosa; pero el triste sentimiento se exagera y crece cuando, en medio de la depravacion del gusto y del abatimiento de las ideas, asoma por ventura algun noble carácter, algun entendimiento superior, que pugna en balde por desasirse de las cadenas morales é intelectuales que embargan y esterilizan su fuerza y su índole nativa.

En la primera mitad del siglo XVIII presentan esta imágen desconsoladora algunos ingenios de notable valía, entre los cuales merecen ser citados en lugar preferente *don Gabriel Álvarez de Toledo* y *don Eugenio Gerardo Lobo*. En ambos resplandecen prendas eminentes de poeta, y si sus obras no llegaron á los puros espacios del arte, es porque sofocaba y pervertia su inspiracion la corrompida atmósfera literaria que los circundaba y comprimía. En la aurora de las civilizaciones, cuando se presenta abierto y sin nubes el horizonte de las ideas, nada turba ni enfrena el vuelo de esos genios singulares que la Providencia envía de cuando en cuando para derramar la luz y trazar el camino. Homero, Dante, Shakspeare, no hallan carriles trillados, ni engreimientos literarios, ni trabas doctrinales, ni falsos primores convencionales: su creador impulso avasalla á las gentes por la virtud misma de su espontaneidad poderosa; son númenes gigantes, que abarcan la humanidad entera.... Tambien á veces piensan y escriben con desembarazo y propia fuerza, aunque en más reducido campo, aquellos ingenios elevados que son ecos involuntarios y sublimes de las glorias ó de las transformaciones nacionales. Así Virgilio; así el Tasso; así el Ariosto; así Camoens; así Lope de Vega; así Calderon; así Milton; así Goethe; así Voltaire; así Schiller; así Quintana; así Lord Byron, y algunos otros ingenios eminentes. Pero, en las épocas de transicion, la civilizacion gastada estraga el gusto, impone sus refinamientos, ofusca los ojos del espíritu, y logra sólo aparentar una lozania que es en realidad un grosero barniz. Deslumbra y reina, como la cortesana decadente que disimula los estragos de la hermosura con el velo engañoso, y por desgracia seductor, de afeites y cosméticos, y con el relumbron de falsas joyas. Nadie se libra entonces del contagio: la atmósfera carece completamente de luz y de pureza, y el ingenio más claro y poderoso no puede desplegar sus alas sin limpio cielo y sin sol de nacional grandeza.

Don Gabriel Álvarez de Toledo es uno de los poetas más importantes y ménos conocidos del primer tercio del siglo XVIII. Aunque el mal gusto entonces reinante ahogó casi siempre su privilegiado ingenio, la historia literaria no puede ni debe olvidar al escritor que levantaba su fantasía á las sublimes esferas de la filosofía histórica y de la idealidad poética, en un tiempo en que todo en la poesía era vil y rastrero.

Su talento claro y brillante, su condición alegre y simpática, y la gallardía de su persona, contribuyeron á granjearle la voluntad de las damas andaluzas, y esto ayudó sin duda á desvanecer algun tanto su corazon de mozo y de poeta (1). Nunca llegaron á ser licenciosas sus costumbres, ántes bien se advertía en sus amores y en sus versos cierto carácter de espiritualidad y de platonismo, que ya anunciaba las tendencias místicas de su alma. Sin embargo, era tenido por sobradamente frívolo y engreido entre la gente austera de su tiempo. Los escasos datos biográficos que hemos hallado de *don Gabriel Álvarez de Toledo* no nos permiten formar con cabal fundamento conjeturas acerca de los motivos que produjeron el cambio to-

(1) «Empezaron á ser bien vistos sus versos, y las damas de Sevilla á dar en celebrar sus donaires, su ingenio y sus modestas cortesanas.... Saboreábase don Gabriel, con inocencia inadvertida, con las

alabanzas y satisfacciones, y tropezó en la vanidad. Platónicamente enamorado, pasó algunos años oyendo sus aplausos y regodeándose con las alabanzas. (El doctor don Diego de Torres.)

tal de hábitos y de ideas que se advirtió en este hombre ilustre á los treinta años de su edad (1). El doctor *Torres* afirma que el poeta pasó algunos años *platónicamente enamorado*, y nada dice despues de que *Álvarez de Toledo* contrajese matrimonio en época alguna de su vida, ni se ve rastro en las obras de éste que pueda hacer presumir que satisfizo en esta parte los sentimientos de su corazon. Acaso insuperables trabas ó amargos desengaños dejaron en su alma un hondo y desconsolador vacío, que sólo alcanzaron á llenar las inefables esperanzas de la religion, las ilusiones del hombre de Estado, los afanes sabrosos del entendimiento cultivado.

Se consagró con incansable ahinco al estudio de las ciencias filosóficas, de la historia y de las lenguas antiguas y modernas (2), y fué, en verdad, uno de aquellos ingenios malogrados por causa de la época desventurada en que nacieron. Su númen, embargado y vencido por la abrumadora decadencia de las letras, no produjo sazonados frutos: fué como fanal en noche oscura, que no alcanza á sobreponerse á las nieblas que lo rodean. Velazquez, Quintana y otros historiadores de la poesía, lo han desconocido ó desdeñado. Acaso juzgaron que la lumbre amortiguada de la gloria de este poeta debía morir del todo, y no intentaron examinar de cerca si aquella luz opaca habia despedido algun destello esplendoroso de aquellos que no es justo, ni áun posible, condenar al olvido. Hasta el indulgente Arana de Varflora (el padre Valderrama) omite el nombre de este insigne español entre los *Hijos de Sevilla*.

Ya es tiempo, sin embargo, de que la historia literaria, sin prevenciones de época ni de escuela, aquilate y clasifique los títulos y el carácter verdadero de los poetas de cada edad. La poesía es el eco de las naciones, y si faltasen otros monumentos de la vida y del estado de los pueblos, ella sola bastaría á poner de manifiesto la índole y el alcance de su cultura, su movimiento íntimo, sus tendencias; en una palabra, toda su fisonomía moral.

Don Gabriel Álvarez de Toledo encumbraba demasiado los arranques de su fantasía para ser poeta popular en una edad en que la vulgaridad del pensamiento y la trivial complicacion de la forma constituian la única poesía que realzaba á los autores y embelesaba al público. Tal y tan poderosa llegó á ser la fascinacion del estilo culto y conceptuoso, que hasta aquellos doctos que con mayor saña miraban los extravíos del gusto, daban de lleno en el *culteranismo*, cuando creian escribir en el lenguaje á la par noble y llano del siglo de oro. El estilo de *Álvarez de Toledo* es casi siempre conceptuoso hasta rayar en incomprensible, y no obstante, su admirador el padre fray Juan de la Concepcion, hombre de saber y doctrina, le tributa especiales alabanzas por su claridad y sencillez. «Más de una vez he informado al público, exclama el sabio carmelita, de mi aborrecimiento al estilo oscuro. El de *don Gabriel* es verdaderamente poético;.... pero es casi preciso parezca mal en una era donde todo estilo es extremado, ó por lo neciamente culto, ó por lo villanamente bajo.» No hay que dejarse cautivar por la sensatez de estas palabras; el sabio *fray Juan de la Concepcion* era hombre de su tiempo, y tenía aficion á los enredados raciocinios escolásticos de *Álvarez de Toledo*, y á las

(1) Véase la noticia biográfica de don Gabriel Álvarez de Toledo, al frente de sus poesías, publicadas en el presente tomo.

(2) Algunos versos escribió en frances, idioma entonces tan en boga en la corte de España. Sirva de muestra el siguiente soneto conceptuoso, que prueba más la adhesion de Álvarez de Toledo á Felipe V, y su admiracion á Luis IV, que su dominio de la versificacion francesa:

A SA MAJESTÉ LE ROI PHILIPPE V.

Héros en qui le ciel a fait un assemblage,
Des avantages vrais des héros fabuleux,
Pour donner à l'Espagne en ce jour bienheureux
D'un monarque parfait le difficile ouvrage;
Mercure en ta parole apportait toujours sage;
Mars se voit foudroyant en l'aspect belliqueux;

Jupiter dominant en ton regard sérieux;
Apollon dans l'attrait de l'éclatant visage....
Mais ce noble recueil de brillantes fictions
Ne serait de ta gloire un portrait suffisant,
Si le grand roi Louis n'y ajoutait perfections.
Ainsi de ses vertus dans le bûcher luisant,
Héritier immortel d'immortelles actions,
Seras nouveau phénix de ce phénix vivant.

Es imposible leer estos versos sin traer á la memoria, á causa del estilo, el soneto *marinesco* que pone Molière en boca de Oronte en el *Misanthrope*. El severo *Alceste* habria dicho probablemente á Álvarez de Toledo, como al *bel-esprit* de la comedia:

Ce style figuré, dont on fait vanité,
Sort du bon caractère et de la vérité;
Ce n'est que jeu de mots, qu'affectation pure,
Et ce n'est point ainsi que parle la nature,

CAPÍTULO IV.

Poetas malogrados.—Álvarez de Toledo (D. Gabriel).—Gerardo Lobo.—Tafalla y Negrete.—Marqués de Lazan.

Lamentable es siempre ver decaer rápidamente en poder, en artes y en letras á una nacion grande y generosa; pero el triste sentimiento se exacerba y crece cuando, en medio de la depravacion del gusto y del abatimiento de las ideas, asoma por ventura algun noble carácter, algun entendimiento superior, que pugna en balde por desasirse de las cadenas morales é intelectuales que embargan y esterilizan su fuerza y su índole nativa.

En la primera mitad del siglo XVIII presentan esta imágen desconsoladora algunos ingenios de notable valía, entre los cuales merecen ser citados en lugar preferente *don Gabriel Álvarez de Toledo* y *don Eugenio Gerardo Lobo*. En ambos resplandecen prendas eminentes de poeta, y si sus obras no llegaron á los puros espacios del arte, es porque sofocaba y pervertia su inspiracion la corrompida atmósfera literaria que los circundaba y comprimía. En la aurora de las civilizaciones, cuando se presenta abierto y sin nubes el horizonte de las ideas, nada turba ni enfrena el vuelo de esos genios singulares que la Providencia envia de cuando en cuando para derramar la luz y trazar el camino. Homero, Dante, Shakspeare, no hallan carriles trillados, ni engrimientos literarios, ni trabas doctrinales, ni falsos primores convencionales: su creador impulso avasalla á las gentes por la virtud misma de su espontaneidad poderosa; son númenes gigantes, que abarcan la humanidad entera.... Tambien á veces piensan y escriben con desembarazo y propia fuerza, aunque en más reducido campo, aquellos ingenios elevados que son ecos involuntarios y sublimes de las glorias ó de las trasformaciones nacionales. Así Virgilio; así el Tasso; así el Ariosto; así Camoens; así Lope de Vega; así Calderon; así Milton; así Goethe; así Voltaire; así Schiller; así Quintana; así Lord Byron, y algunos otros ingenios eminentes. Pero, en las épocas de transicion, la civilizacion gastada estraga el gusto, impone sus refinamientos, ofusca los ojos del espíritu, y logra sólo aparentar una lozanía que es en realidad un grosero barniz. Deslumbra y reina, como la cortesana decadente que disimula los estragos de la hermosura con el velo engañoso, y por desgracia seductor, de afeites y cosméticos, y con el relumbron de falsas joyas. Nadie se libra entonces del contagio: la atmósfera carece completamente de luz y de pureza, y el ingenio más claro y poderoso no puede desplegar sus alas sin limpio cielo y sin sol de nacional grandeza.

Don Gabriel Álvarez de Toledo es uno de los poetas más importantes y ménos conocidos del primer tercio del siglo XVIII. Aunque el mal gusto entonces reinante ahogó casi siempre su privilegiado ingenio, la historia literaria no puede ni debe olvidar al escritor que levantaba su fantasía á las sublimes esferas de la filosofía histórica y de la idealidad poética, en un tiempo en que todo en la poesía era vil y rastrero.

Su talento claro y brillante, su condición alegre y simpática, y la gallardía de su persona, contribuyeron á granjearle la voluntad de las damas andaluzas, y esto ayudó sin duda á desvanecer algun tanto su corazon de mozo y de poeta (1). Nunca llegaron á ser licenciosas sus costumbres, ántes bien se advertia en sus amores y en sus versos cierto carácter de espiritualidad y de platonismo, que ya anunciaba las tendencias místicas de su alma. Sin embargo, era tenido por sobradamente frívolo y engreido entre la gente austera de su tiempo. Los escasos datos biográficos que hemos hallado de *don Gabriel Álvarez de Toledo* no nos permiten formar con cabal fundamento conjeturas acerca de los motivos que produjeron el cambio to-

(1) «Empezaron á ser bien vistos sus versos, y las damas de Sevilla á dar en celebrar sus donaires, su ingenio y sus modestas cortesanas.... Saboreábase don Gabriel, con inocencia inadvertida, con las

alabanzas y satisfacciones, y tropezó en la vanidad. Platónicamente enamorado, pasó algunos años oyendo sus aplausos y regodeándose con las alabanzas.» (El doctor don Diego de Torres.)

tal de hábitos y de ideas que se advirtió en este hombre ilustre á los treinta años de su edad (1). El doctor *Torres* afirma que el poeta pasó algunos años *platónicamente enamorado*, y nada dice despues de que *Álvarez de Toledo* contrajese matrimonio en época alguna de su vida, ni se ve rastro en las obras de éste que pueda hacer presumir que satisfizo en esta parte los sentimientos de su corazon. Acaso insuperables trabas ó amargos desengaños dejaron en su alma un hondo y desconsolador vacío, que sólo alcanzaron á llenar las inefables esperanzas de la religion, las ilusiones del hombre de Estado, los afanes sabrosos del entendimiento cultivado.

Se consagró con incansable ahinco al estudio de las ciencias filosóficas, de la historia y de las lenguas antiguas y modernas (2), y fué, en verdad, uno de aquellos ingenios malogrados por causa de la época desventurada en que nacieron. Su númen, embargado y vencido por la abrumadora decadencia de las letras, no produjo sazoados frutos: fué como fanal en noche oseura, que no alcanza á sobreponerse á las nieblas que lo rodean. Velazquez, Quintana y otros historiadores de la poesía, lo han desconocido ó desdeñado. Acaso juzgaron que la lumbré amortiguada de la gloria de este poeta debia morir del todo, y no intentaron examinar de cerca si aquella luz opaca habia despedido algun destello esplendoroso de aquellos que no es justo, ni áun posible, condenar al olvido. Hasta el indulgente Arana de Varflora (el padre Valderrama) omite el nombre de este insigne español entre los *Hijos de Sevilla*.

Ya es tiempo, sin embargo, de que la historia literaria, sin prevenciones de época ni de escuela, aquilate y clasifique los títulos y el carácter verdadero de los poetas de cada edad. La poesía es el eco de las naciones, y si faltasen otros monumentos de la vida y del estado de los pueblos, ella sola bastaria á poner de manifiesto la índole y el alcance de su cultura, su movimiento íntimo, sus tendencias; en una palabra, toda su fisonomía moral.

Don Gabriel Álvarez de Toledo encumbraba demasiado los arranques de su fantasía para ser poeta popular en una edad en que la vulgaridad del pensamiento y la trivial complicacion de la forma constituian la única poesía que realizaba á los autores y embelesaba al público. Tal y tan poderosa llegó á ser la fascinacion del estilo culto y conceptuoso, que hasta aquellos doctos que con mayor saña miraban los extravíos del gusto, daban de lleno en el *culteranismo*, cuando creian escribir en el lenguaje á la par noble y llano del siglo de oro. El estilo de *Álvarez de Toledo* es casi siempre conceptuoso hasta rayar en incomprensible, y no obstante, su admirador el padre fray Juan de la Concepcion, hombre de saber y doctrina, le tributa especiales alabanzas por su claridad y sencillez. «Más de una vez he informado al público, exclama el sabio carmelita, de mi aborrecimiento al estilo oscuro. El de *don Gabriel* es verdaderamente poético;.... pero es casi preciso parezca mal en una era donde todo estilo es extremado, ó por lo neciamente culto, ó por lo villanamente bajo.» No hay que dejarse cautivar por la sensatez de estas palabras; el sabio fray Juan de la Concepcion era hombre de su tiempo, y tenía aficion á los enredados racionios escolásticos de *Álvarez de Toledo*, y á las

(1) Véase la noticia biográfica de don Gabriel Álvarez de Toledo, al frente de sus poesías, publicadas en el presente tomo.

(2) Algunos versos escribió en frances, idioma entonces tan en boga en la corte de España. Sirva de muestra el siguiente soneto conceptuoso, que prueba más la adhesion de Álvarez de Toledo á Felipe V, y su admiracion á Luis XIV, que su dominio de la versificacion francesa:

A SA MAJESTÉ LE ROI PHILIPPE V.
Héros en qui le ciel a fait un assemblage
Des avantages vrais des héros fabuleux,
Pour donner à l'Espagne en ce jour bienheureux
D'un monarque parfait le difficile ouvrage;
Mercure en ta parole apparait toujours sage;
Mars se voit foudroyant en l'aspect belliqueux;

Jupiter dominant en ton regard sérieux;
Apollon dans l'attrait de l'éclatant visage....
Mais ce noble recueil de brillantes fictions
Ne serait de ta gloire un portrait suffisant,
Si le grand roi Louis n'y ajoutait perfections.
Ainsi de ses vertus dans le bûcher luisant,
Héritier immortel d'immortelles actions,
Seras nouveau phénix de ce phénix vivant.

Es imposible leer estos versos sin traer á la memoria, á causa del estilo, el soneto *marinesco* que pone Molière en boca de Oronte en el *Misanthrope*. El severo *Alceste* habria dicho probablemente á Álvarez de Toledo, como al *bel-esprit* de la comedia:

Ce style figuré, dont on fait vanité,
Sort du bon caractère et de la vérité;
Ce n'est que jeu de mots, qu'affectation pure,
Et ce n'est point ainsi que parle la nature,

tenebrosas metáforas del *Polifemo* y de las *Soledades*, de Góngora, que él, por lo visto, entendía y descifraba con sagacidad peregrina (1).

A pesar de la inspiración elevada que resplandece casi siempre en las *Obras póstumas* de *Álvarez de Toledo*, la lectura de la mayor parte de estas poesías causa disgusto y fatiga por la oscura afectación de su lenguaje. Entre ellas se cuentan *Tifeo fulminado en Flegra*, y *Sócrates antes de beber la cicuta*, dos composiciones llenas de altos pensamientos, pero casi intolerables por el artificio del estilo. Tributo, y grande, paga el poeta á los extravíos literarios de la época, pero á veces le preserva su noble instinto, y trozos hay en sus obras, y aún composiciones enteras, en que el tono, la versificación, el lenguaje y la idea suben de consuno al más alto nivel de la poesía. Las endechas á su pensamiento, en que pinta los vaivenes y las vanidades del pensamiento humano, endechas superiores sin duda á las tan celebradas de *Solis á la conversión de san Francisco de Borja*, son, á pesar del estilo algo conceptuoso, inevitable entonces, una joya de poesía y de espiritualismo, por cierto extraordinaria y admirable en aquel período de copleros chabacanos é insulsos. Respira en esta composición, tan implacable y sincero despegó de las terrestres ilusiones, resalta asimismo en ella tan firme y tan severa la luz de los desengaños humanos, que es imposible no considerar esta poesía mística como una excepción luminosa en aquel caos de vulgaridad y de materialismo. El poeta siente en su corazón, móvil é insaciable, que el pensamiento del hombre no ha de aquietarse en la imperfecta y limitada esfera del mundo visible; y siguiendo y explicando el sublime y misterioso impulso que encamina nuestra alma hácia Dios, centro de las verdades y de los consuelos infinitos, termina su bello y místico análisis con esta sencilla exhortación, en que habla de Dios al pensamiento :

Búscale, pues te busca;
Óyele, pues te llama;
Que descansar no puedes
Si en su divino centro no descansas.

El romance al martirio de san Lorenzo está sembrado de pensamientos alambicados; pero lo está igualmente de ideas vigorosas, que descubren al pensador profundo y al verdadero poeta. ¿En qué otro escritor de aquellos tiempos podrían encontrarse reflexiones de tan alto sentido histórico como las que expresan con briosa concisión los siguientes versos, relativos á la formación de las creencias gentiles de Roma?

La Emperatriz temida de las gentes,
Roma, cabeza universal del orbe,
Cuando de todos en las leyes manda,
De todos obedece á los errores.

Cuando al carro soberbio de sus triunfos
Rinden el cuello bárbaras naciones,
Del altar de sus ídolos odiosos
Es basa humilde su diadema noble.

Con no ménos elevado concepto explica la incontrastable constancia del mártir, que no puede, á despecho de los tormentos, quebrantar una fe que está sellada en su alma por la mano divina. Hé aquí sus versos :

No al hierro ni á la llama se permite
Que los arcános de la mente violen
Donde el dedo de Dios omnipotente,
Único, escribe su sagrado nombre.

Los versos metafóricos en que asegura los tesoros del cielo á quien en la tierra da á los pobres el oro de su caridad, son dignos de copiarse aquí como muestra del talento poético de *Álvarez de Toledo*, y asimismo del espíritu conceptuoso de que no alcanzaban á preservarse

(1) «Estoy persuadido á que ningún discreto dejó de entender las obras de nuestro insigne Góngora, hasta que no sé quién infundió á dos ó á tres el zi-

zañoso espíritu de comentarle.» (*Fray Juan de la Concepción*.)

ni aún los ingenios de más noble temple y naturaleza. Así habla al tirano, aludiendo al sublime heroísmo con que san Lorenzo, tesorero de la Iglesia en tiempo del papa Sixto II, arrojó el martirio del fuego, por haber repartido el tesoro entre los pobres, en vez de entregarlo á los agentes del emperador Valeriano :

Los tesoros que anhela tu codicia
Ya están seguros en erario adonde
Ni tenebrosa insidia los usurpa,
Ni peste asoladora los corrompe.
El pálido metal que debió vida
Del profano carácter á los moldes,
En el sello viviente del Cordero
Mejora el precio y diviniza el nombre.

Ya le atesora próspera codicia
Entre las manos de los ricos pobres,
Que de gloria inmortal en santa usura,
Recibiendo nos hacen sus deudores.
Campo es feliz la mano del mendigo,
Y el áureo grano que su seno esconde,
Miés, que burlando la segur tirana,
Colma fecundo las empires trojes.

Es innegable que estos versos carecen de la sencillez inseparable del gusto depurado, y que la exuberancia de las metáforas enreda y turba el pensamiento y nubla algún tanto el esplendor de las imágenes. Pero, á pesar de todo, ¡cuánta distancia media entre estos versos armoniosos y grandilocuentes, y la trivial y desmayada poesía que á la sazón se empleaba sin tregua en asuntos viles, indignos del arte!

Los fragmentos que se conservan de su poema burlesco, titulado *La Burromaquia*, demuestran asimismo cuán aventajado lugar habría ocupado *Álvarez de Toledo* entre los poetas castellanos si, por dicha, hubiese nacido en más afortunada edad. Octavas hay en este poema que habría podido prohiar el mismo Lope de Vega, por el chiste satírico, por la versificación espléndida y segura, y hasta por el color y la naturalidad narrativa de las descripciones. Este poeta, lo repetimos, no ha debido ser tan completamente olvidado, sobre todo en una nación en que aún recuerdan gentes instruidas versos de Montoro, de Salas y de Benegasi.

Si después de conocer al autor, hubiéramos de estudiar al hombre, encontraríamos en él fácilmente prendas de valor muy subido, que lo recomiendan á la memoria de la posteridad. Como hemos visto, de ilustre familia, y dotado de alegre y viva fantasía, vivió durante la primera mitad de su vida compartiendo las horas entre la lectura de amenos libros y los pasatiempos de la sociedad aristocrática, y enardeciendo su corazón con ilusiones místicas. Vivió, en una palabra, una vida, no exenta en un principio de vanidoso engrimeamiento y de ociosos devaneos, pero noble y pura, como suelen vivir los que nacen en cuna cercada de honradez y de generosas tradiciones. Pero era *Álvarez de Toledo* lo que en el lenguaje de nuestros días se llama un *espiritualista*, y á pesar de la índole anti-ideal de la época y de las seducciones del ejemplo, prevaleció en sus escritos aquella noble y divina tendencia. Esta circunstancia esencial de su carácter ayuda á explicar la transformación completa que se advirtió en su modo de vivir; transformación que el doctor Torres atribuye á «la melancolía provechosa» que le infundieron «los tremendos avisos de unas misiones que oyó en Sevilla.»

Pasado el primer período de su vida, alternativamente frívola, brillante, apasionada y venturosa, cobró *don Gabriel* aversión decidida á los esparcimientos mundanos. La religión, el estudio y el desempeño de sus deberes oficiales absorbieron su alma del todo y para siempre. Llegó á juzgar incompatible con la austeridad de su retiro el recuerdo de las ociosas tareas de tiempos más risueños, y quemó cuantos papeles había escrito hasta entonces. «Sólo se escondieron á su devota furia, dice *Torres*, los pocos que contiene este tomo.» (*Poesías póstumas*.)

En un espíritu tan laborioso y en un entendimiento tan claro no podía dejar de ser fructuosa y fecunda aquella vida de meditación y de investigaciones (1). La obra de *Álvarez de*

(1) Acerca de su erudición, dice el doctor Torres lo siguiente: «Dedicóse á los sistemas antiguos y recientes de la filosofía, y dejó en sus obras exquisitas

demonstraciones de la gran inteligencia que de ellos tuvo. En la historia eclesiástica fué sabio consumado, y en la profana enteramente docto. Los teólogos

Toledo que alcanzó mayor crédito en su tiempo, fué la que publicó con el título de *Historia de la Iglesia y del Mundo, que contiene los sucesos desde su creación hasta el diluvio*. Indicaciones generales de alto sentido escritas por San Agustín en *La Ciudad de Dios*, y muy especialmente la *Historia del género humano*, obra de objeto análogo que dejó incompleta Arias Montano, fueron los despertadores del ambicioso propósito que concibió Álvarez de Toledo. Un tomo en folio pudo llevar á cabo aquella temeraria ó, mejor dicho, imposible empresa. Un tomo en folio publicó únicamente. También la muerte le impidió, como á Arias Montano, dar á su obra todo el ensanche que había proyectado. El doctor Torres da á entender el grande aprecio que se hacia de esta que llama *Historia antediluviana*. Un hombre, sin embargo, de no tan alto respeto y alcance intelectual como Álvarez de Toledo, pero en extremo notable por su maravillosa laboriosidad, por su erudición y por el favor extraordinario que le dispensaban la corte y los magnates, impugnó malamente, en particular con respecto al estilo, la *Historia de la Iglesia y del Mundo* en un opúsculo, sin nombre de autor, titulado *Carta del Maestro de Niños*. Era este hombre el caballero de Calatrava don Luis de Salazar y Castro, ayuda de cámara de Carlos II, bibliotecario de la Casa Real y cronista de Castilla y de Indias, que dejó centenares de volúmenes escritos de su mano, y publicó varios libros históricos, en algunos de los cuales censura y enmienda errores de don José Pellicer y de don Juan Ferreras (1). Engreído Salazar con su saber y con el favor de que gozaba, llevó muy á mal no haber logrado formar parte de la *Academia Española*, instituida por aquellos días. Fácilmente se columbra en la *Carta del Maestro de Niños* que el autor tiene ojeriza al docto cuerpo recién creado. La *Historia de la Iglesia y del Mundo* fué briosamente defendida por un escritor, que escondió su nombre bajo el seudónimo de *Ericio Anastasio Heliopolitano*, en una apología titulada *El Palacio de Momo*, que se publicó, como impresa en Leon de Francia, en 1714, esto es, el mismo año en que falleció Álvarez de Toledo (2). Igualmente fué defendida aquella historia por un autor anónimo en un opúsculo titulado *Apuntaciones á la Carta del Maestro de Niños*. A ambas obras replicó extensamente Salazar en un tomo en 4.º, con este título: *Jornada de los coches de Madrid á Alcalá, etc.* (Zaragoza, 1714). Aquí ya quitó la máscara á su malévolo designio. Álvarez de Toledo había fallecido muchos meses antes. La acrimoniosa crítica no iba pues encaminada á su persona. Salazar zahiere con montes á los Académicos, y atribuye á la Academia desacertados intentos que no abriga. Están patentes su malquerer y su resentimiento contra el cuerpo entero. Con razón le había dicho el Marqués de San Felipe: «Imitas al perro, que aulla y ladra mordiendo las puertas de la casa donde no puede entrar.»

Vivió Álvarez de Toledo en estrechísima conexión con el Duque de Montellano y con su hijo primogénito, el Conde de Saldueña, distinguido poeta de entónces. Hizo sobresalir sus brillantes prendas, ya como secretario de la Cámara de Castilla, ya como oficial mayor de la

de las universidades se pasaban de ver á un hombre del siglo, rodeado de negocios de gravísima entidad, tan metafísicamente instruido en la teología, ciencia que aprenden pocos y con suma fatiga. Finalmente, no ignoró nada de cuanto se supo hasta su tiempo.»

(1) *Advertencias históricas*.... Madrid, por Mateo de Llanos, 1788; en 4.º.—*Desagravios de la vergüenza* (contra Ferreras). Salamanca, 1729.—*Reparos históricos sobre los doce primeros años del tomo VII de la Historia de España, del doctor don Juan de Ferreras*. Alcalá, 1723; en 4.º.—*Crisis Ferrerica sobre el VI tomo, etc.* 1720; en 4.º.—*Anti-defensa y continuación de la crisis*. 1720; en 4.º.—*Colección de epitafios y memorias sepulcrales de España*. Un tomo en folio.—*Colección de cartas originales*

de reyes de Castilla y Aragon y de varios principes eclesiásticos y seculares. Noventa y un tomos en folio, etc., etc.

Nació don Luis de Salazar en Valladolid, el 24 de Agosto de 1658. Murió en Madrid, el 9 de Febrero de 1734. Hay amplias noticias de su vida y escritos en la *Biblioteca genealógica*, de Franckenau, y en las *Memorias* publicadas al frente de su obra póstuma, *Exámen castellano de la crisis griega*, etc. Madrid, Imprenta Real, 1736; en 4.º

(2) Según nuestras investigaciones, el autor de *El Palacio de Momo* fué el famoso Marqués de San Felipe, grande amigo de Álvarez de Toledo, é individuo de la Academia Española desde el 23 de Noviembre de 1713, año en que fué creada la Academia.

Secretaría de Estado, ya como primer bibliotecario del Rey, ya como uno de los fundadores de la Academia Española, y llegó á ser persona de grande autoridad y consejo, así en letras como en materias de Estado (1).

La muerte prematura de Álvarez de Toledo (á los cincuenta años) fué atribuida al exceso de sus estudiosas vigiliás y á la insana inmovilidad de su vida contemplativa (2).

Con ménos saber, aunque no escaso, y con ménos ambiciosa fantasía, otro poeta alcanzó mayor renombre y éxito que don Gabriel Álvarez de Toledo. Fué este poeta don Eugenio Gerardo Lobo, tan popular y simpático en su tiempo, y tan despreciado y escarnecido más adelante, cuando llegó á entronizarse en las letras españolas la escuela pseudo-clásica francesa, y con ella un gusto ménos nacional y espontáneo, si bien más exigente y más depurado.

Precoz (3), claro y fértil fué su ingenio (4); y si no ha legado á la posteridad obras dignas de estudio y de alta fama, fué acaso culpa del tiempo, de los incesantes afanes de su vida militar, y de su modestia extremada, que le hizo mirar siempre sus versos como frívolos devaneos, indignos de la imprenta. Fué universalmente querido y respetado, y mantuvo cordial y amistosa correspondencia con esclarecidos personajes extranjeros, tales como el Duque de Noailles, y los poetas Maffei (5) y el Conde de Calamandro.

Á pesar de que las fatigas de la guerra y las obligaciones militares absorbían casi la vida entera de Gerardo Lobo, llegó á ser hombre notablemente instruido. Poseía el latín y hablaba varios idiomas modernos. Escribía con facilidad versos italianos (6).

Después de su muerte, que fué sinceramente sentida en todas las clases de la sociedad, escribieron versos en alabanza suya varios poetas célebres entónces, entre ellos don Miguel de la Reina Cevallos, de la Real Academia Española, autor del curioso poema *La Eloquencia del Silencio*, y el Marqués de la Olmeda, que entusiasmado por extremo con los versos de su amigo, dedicaba á Gerardo Lobo exuberantes alabanzas. Así decía, pidiendo inspiración á su musa:

Divinizame la mente,
Porque pueda en caso tal
Alabar gloriosamente

(1) «Tuvo mucha parte su dictámen en las máximas y resoluciones de la monarquía en los primeros años del reinado de su majestad el señor don Felipe V, que Dios guarde.» (*El doctor don Diego de Torres*.)

(2) El doctor Torres dice: «Sólo pasaba la calle cuando era tránsito para comunicar á su confesor. Su ejercicio y diversiones los reducía á su cuarto. En leer y en orar empleaba las más horas del día y de la noche.»

Villarroel dijo de don Gabriel, aludiendo igualmente á su vasto saber y á su sedentaria vida:

En alta comprensión trunca
Su ejercicio necesario;
Fué del Rey bibliotecario,
Y del reino biblioteca.

(*Poetas inéditas de don José de Villarroel. Códice perteneciente al señor don Pascual de Gayángos.*)

(3) Ya á los doce años componía versos, y lo que es más, corrían con aplauso por las tertulias. Así lo dice el mismo Gerardo Lobo en el festivo soneto que empieza:

De dos instros y medio no cabales,
Ya, del monte Parnaso en los vergeles,
Me sentaba entre mirtos y laureles
Á mondar sonetitos garrafales....

L. PS.-XVIII.

y acaba de este modo:

Á la escuela pasé de los fusiles,
Donde estudio en sufrir riesgos y soles.

(4) Escribió también para el teatro. Dos comedias suyas se han impreso sueltas: *El tejedor Palomeque y mártires de Toledo*; *El más justo rey de Grecia*.

(5) No, como han creído algunos, el célebre autor de la tragedia *Mélope*, imitada por Voltaire, sino un sabio jesuita que el autor conoció en Pistoya, el cual escribió en elogio de nuestro poeta elegantes versos latinos.

(6) Sirva de ejemplo el siguiente soneto que escribió en Pistoya para una dama que se ofendía cuando la llamaban inconstante:

Tutte le stelle ruotano, signora,
Sulla celeste sfera; Cinosura
Gira all' Artico in torno, benche giura
Stare immobile al rombo d'alta prora.
Senza perenne cambiamento fora
Priva d'eterna lode la natura;
Or là pone gli affani, or quà sua cura
Cibele scaltra, è festeggiante Flora.
Adorna Cintia di triforme aspetto,
Cuale a lei piace più prende sembianza,
E nulla in se ritien d'uguale affetto....
Sarà dunque indiscreta la speranza
Che amore fiso cerchi nel tuo petto,
Quando è tanto perfetta l'inconstanza.